

Un reducto de la conciencia U.S.A.

EL SENADOR FULBRIGHT

El senador James William Fulbright ha definido así su misión y la de sus pares: «El legislador es un guardián indispensable de nuestra libertad». Se entiende que la libertad es algo que está guardado, que es algo huidizo, lábil. Fulbright ha consagrado su vida a ser guardián de la libertad, lo cual le ha relegado a un papel de eterno opositor frente al poder que tiende a ser excesivo. «Es un hijo del siglo XVIII», dice de él el senador Paul H. Douglas, «un superviviente de aquella edad de las luces, de la confianza en la razón y los argumentos moderados, con ligeras tendencias aristocráticas. Eso explica, creo yo, por qué parece un poco distante, un poco distinto de los demás». La definición que Truman hizo de Fulbright era más breve: «Ese super-educado h. de p.».

Es cierto que Fulbright parece proceder de otro tiempo. De un siglo antes. Fulbright nació en 1905 y Alexis de Tocqueville en 1805. Los textos de Fulbright están repletos de citas de Tocqueville. Alexis de Tocqueville fue a los Estados Unidos para estudiar democracia. Trataba de examinar las estructuras de una sociedad liberal, de ver cómo se podía hacer la transición de una sociedad autocrática a una sociedad mayoritaria, «para aprender qué tenemos que esperar y qué tenemos que temer del progreso». ¿Hay algo que temer del progreso? El peso de las masas, la «tiranía sin tirano de las masas», decía Tocqueville y repite Fulbright. Para ilustrarse bien sobre este frecuente temor a las masas véase también Ortega y Gasset. El desarrollo de este concepto en Fulbright es un poco distinto. Teme que las masas de su país están siendo continuamente violadas como consecuencia de la propaganda, de cierto lavado de cerebro. «Esta es la tiranía que está cre-

Presentamos hoy a nuestros lectores un texto de singular interés: se trata de una selección de los párrafos más importantes del discurso que el senador por Arkansas, J. W. Fulbright, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, pronunció en la Escuela de Altos Estudios Internacionales, de la Universidad John Hopkins de Washington, el día 5 de mayo de este año. Hemos elegido, dando los párrafos completos, aquellos fragmentos del discurso que atañen más directamente al momento político internacional actual. La acción de los Estados Unidos en el Sudeste asiático, en Latinoamérica —haciendo especial hincapié en la intervención norteamericana en Cuba en 1898, tema al que, en un próximo número dedicaremos un extenso trabajo—, las relaciones con China Popular, es criticada por Fulbright a través de una óptica peculiar, en un estilo claro y preciso, muy dentro de los supuestos ideológicos tradicionales de la intelectualidad liberal norteamericana.

Acompaña los textos de Fulbright una semblanza de su vida y de su acción política realizada por nuestro comentarista de política internacional, Eduardo Haro Tecglen.

ciendo en nuestro país. Es el instinto del ser humano por la seguridad, el retroceso ante el peligro que puede brotar del inconformismo. El resultado seguro será la atrofia de la originalidad, la iniciativa, la generosidad y la bondad que han sido la gran distinción de este país. En lugar de esas cualidades vemos el crecimiento de la suspicacia, de la cautela, del conformismo y de la amargura, primero entre los dirigentes y, después, entre los seguidores...». Con estas palabras (Universidad de Minnesota, 29 de abril de 1954), Fulbright se estaba oponiendo al macartismo. Fulbright se ha opuesto sistemáticamente a todas las aventuras de la política en su país, ha intentado hacerle regresar a los orígenes de la democracia que Tocqueville describió en su libro («Democracia en América», 1835). Luchó contra el gobernador de su Estado, el tristemente célebre Faubus, para impedir la segregación racial en Arkansas;

luchó contra el nombramiento de McCone como director de la C.I.A., contra la política expansionista y agresiva de Dulles en el Departamento de Estado, contra la invasión de Cuba en la operación de la Bahía de los Cochinos. (Sin embargo, favoreció la idea de invadir Cuba en la «Crisis del Caribe».)

Lucha ahora contra la guerra del Vietnam. La comisión de Asuntos Exteriores del Senado, que preside, se ha convertido en un reducto de la conciencia nacional. Desde ella condenó la intervención militar en Santo Domingo (1965), negando el derecho de Estados Unidos a «oponerse a todo movimiento de reforma, tachándole de comunista». Desde ella define la política americana en el Vietnam como «una sucesión de errores», el primero de los cuales fue asimilar las guerrillas del Vietcong a un movimiento comunista dirigido por Hanoi, y el más actual de ellos la «escalada», que puede conducir

a una guerra atómica mundial. Su esfuerzo parlamentario consiste en tratar de anular la resolución votada por el Congreso en 1964, que deja las manos libres al Gobierno para «luchar contra la agresión».

La familia Fulbright es rica. Son los dueños de un periódico en Arkansas —el «Northwest Times», que dirige su cuñado—, de un banco, de una fábrica de Coca-Cola local, de una serrería. En su pueblo, Fayetteville, se suele decir que «los Fulbright son dueños de todo excepto de las señales del tráfico en las calles». No siempre fue así. Cuando James William Fulbright nació, su familia era modesta y se defendía difícilmente con los beneficios de una pequeña granja. Su padre la vendió, invirtió el dinero en negocios y cuando murió, en 1924, era el hombre más rico de Fayetteville. Los negocios pasaron a manos de su madre. Roberta Waugh Fulbright había sido maestra de escuela en los tiempos difíciles; tenía tendencias literarias y liberales —el liberalismo de Missouri— y quería explicárselas a los demás. Escribió durante su vida dos millones de palabras, publicadas, día a día, en el periódico local, con el título «Mi punto de vista» («As I see it»). Fueron, sin duda, muy influyentes en la mente de James William, que entonces sólo pensaba en estudiar, para, más tarde, enseñar. Pasó por las Universidades, hizo el clásico viaje por Europa, enseñó leyes y, a los treinta y cuatro años, era presidente de una Universidad. Su carrera hubiese sido ésa, definitivamente —la enseñanza y los libros—, de no haber surgido un incidente en su carrera. Su madre atacó en el periódico al nuevo gobernador de Arkansas, Homer Adkins, y en el estado de Arkansas

se desarrolló una lucha a muerte entre los Adkins y los Fulbright. El clan del gobernador consiguió destituir a J. W. F. como presidente de la Universidad, en 1941, entre las protestas de los estudiantes. La lucha continuó en la arena política. Fulbright se presentó a las elecciones para el Congreso en 1942 y las ganó; cuando supo que el rival de su madre, Adkins, se presentaba para senador, Fulbright se presentó contra él y le derrotó. Esta es su simple historia política. Cuando, al llegar al Congreso, le preguntaron a qué comité quería ser afectado, Fulbright respondió que al de Asuntos Exteriores. Un puesto poco interesante. Todos los parlamentarios desean pertenecer a otros comités con influencia en la vida local y en la vida política de la nación; es la forma de hacer su carrera y, a veces, su fortuna. El de Asuntos Exteriores es poco codiciado. Desde entonces no ha vuelto a salir del Senado ni ha abandonado la política exterior. Es preciso hacer notar que el 21 de septiembre de 1943, cuando la guerra aún no había terminado, hizo adoptar lo que se llamó «Resolución Fulbright», en la que proponía que, una vez terminada la guerra, se crease una organización con poderes suficientes para conservar la paz del mundo: esa resolución sería la piedra angular para la creación de las Naciones Unidas.

Es muy fácil confundir al senador Fulbright con un político de izquierdas. No lo es. Acusado, a veces, de comunista —en la época de MacCarthy, o por la voz chillona de Goldwater—, muchas otras de ser «suave con el comunismo», la realidad es que Fulbright combate la política de vio-

lencia de los «warmongers», porque no le parece suficientemente eficaz en la lucha contra el comunismo. Su idea es que el anticomunismo extremista viola la libertad y no es un arma, por consiguiente, para defenderla. «Aquellos que creen que nuestra sociedad libre está permeabilizada por la corrupción y la subversión están de hecho asumiendo una línea que los comunistas mismos serán los primeros en aplaudir. Los radicales de la derecha, que dicen que tratan de salvar nuestra sociedad de la destrucción, realizan de ella (la sociedad) la misma pintura de

decadencia y de ineptitud que los comunistas, cuyo objetivo es el de destruir nuestra sociedad» (discurso del 21 de agosto de 1961). La misma idea de confundir a Fulbright, un rico elegido por un estado del Sur para ser senador, con un radical de la izquierda, con un extremista de la izquierda, es ya una declaración de confusión de la extrema derecha.

¿Es Fulbright un hombre de nuestro tiempo? Muchas veces se le ha discutido esta posibilidad.

Es, ciertamente, un hombre de otra época. Su miedo a las masas, su noción propia de la libertad, su adhesión a los principios de Tocqueville y a las tradiciones aristocráticas de los «padres peregrinos» hacen pensar que está irremediablemente desplazado. Pero nadie podrá negarle la rectitud de conciencia, la claridad de juicio, la negación de la aventura política. Fulbright representa en los Estados Unidos de hoy un papel de primerísima importancia: la tradición de la democracia liberal.

E. H. T.

HABLA FULBRIGHT

«... Después de haber hecho tanto, y con tanto éxito, Norteamérica está en ese punto histórico en el que toda gran nación corre el peligro de perder la perspectiva de qué es exactamente lo que está dentro de su competencia y de su poder, y qué es lo que está más allá de la misma. Otras grandes naciones, al llegar a este punto crítico, han pretendido demasiado y, por una superextensión de un esfuerzo, han declinado y se han derrumbado...»

«... Yo no pienso que Norteamérica, con sus instituciones de fuerte arraigo democrático, esté a punto de embarcarse en una campaña de dominio del mundo a manera de Hitler o Napoleón. Lo que temo es que se pueda ver impelida a asumir compromisos que, aunque generosos y benevolentes en prin-

SIGUE

